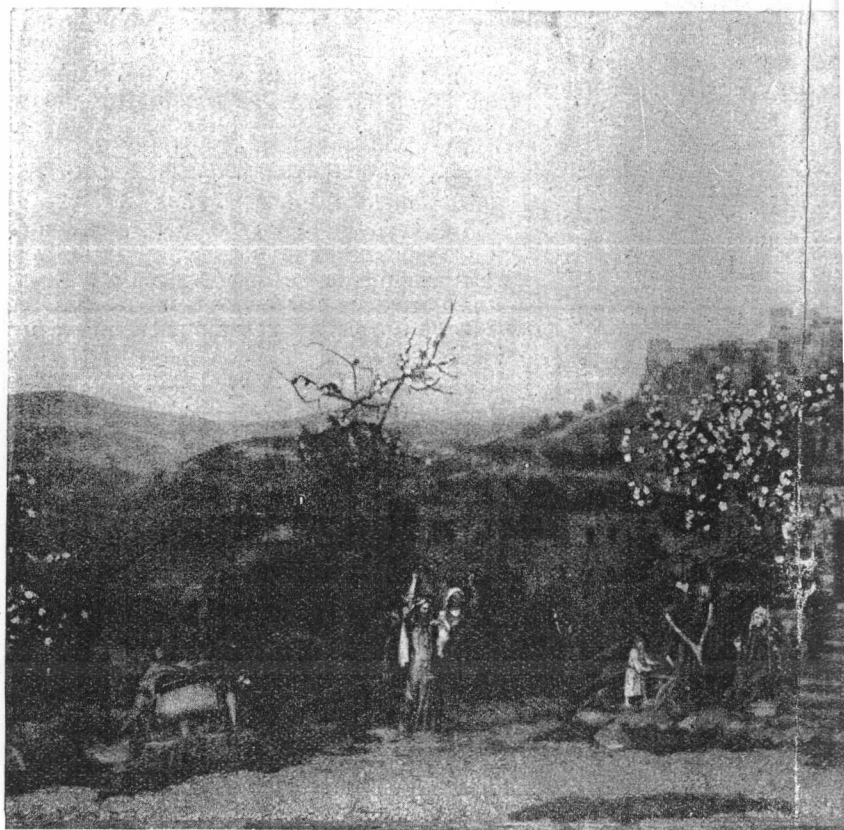


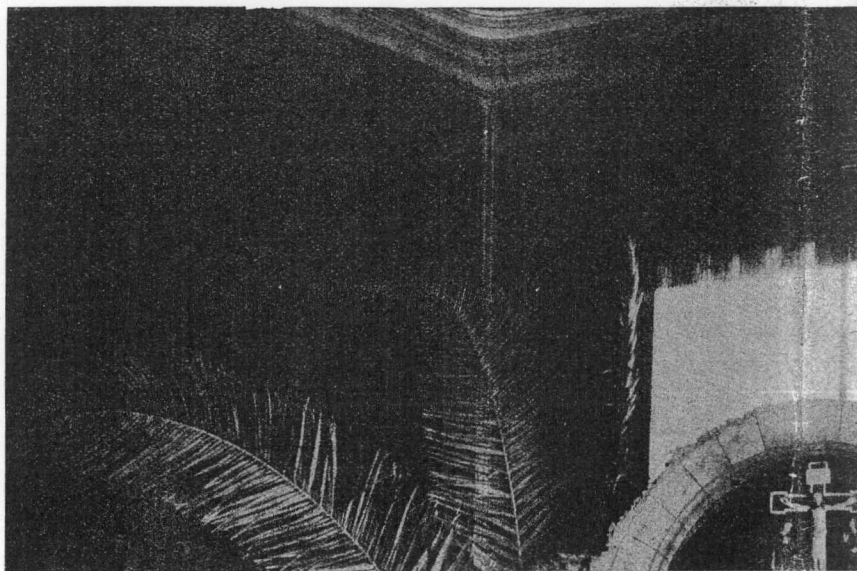
# O c c i d e n t e / P o r

**E**l ocaso de Occidente sigue siendo el tema alemán de discusión cotidiana. Para variar preguntemos esta vez por el nacimiento de Occidente! ¿Cuándo comenzaron las razas de Occidente a enorgullecerse de esta condición geográfica, a ver un deber y a buscar fama en ella? ¿Desde cuándo existe un Occidente? ¿De qué surgió, qué tendencia, que espíritu, qué concepto tiene? Ya por lo que a su edad se refiere es muy fácil que nos pongamos de acuerdo. ¿Es acaso hijo de las Cruzadas, defendiéndose contra el Islam? ¿Nació en Roma en aquella Navidad en que el Padre de la Cristiandad coronó a Carlomagno? Pero ¿no era ya Odraker patricio de Roma? Y este, a su vez, ¿no proseguía lo que César había heredado de Alejandro? Seguiríamos así retrospectivamente, hasta la batalla de Salamina, más aun, hasta su mítico prólogo, la conquista de Troya, hasta la caída de la santa Ilión.

Occidente surge siempre de nuevo cada vez que pueblos o razas, a pesar de su enemistad, se unen de repente cuando se trata de «bárbaros», hijos del mal, de civilización distinta, que, aunque lleven buenas intenciones, les repugnan, les consideran cual esclavitud. Según el concepto que en los tiempos antiguos se tenía sobre libertad y esclavitud, estas no son destino sino naturaleza. «Esclavo es quien por naturaleza no se pertenece a sí mismo, sino a otro» dice Aristóteles; y aun más claramente define este concepto en otro lugar: «Esclavo por naturaleza es aquel que puede pertenecer a otro». Para el griego consiste la libertad en la imposibilidad, en la incapacidad innata de pertenecer a otro, en que su naturaleza le fuerza, le obliga a ser su propio amo. Su autonomía es su tesoro: no tiene mayor pretensión, su naturaleza le hace dirigirse a sí mismo, la libertad no necesita exigirla, porque solo libre puede ser, su carácter le impone esta condición. La Liga de los anfictiones, el Sanhedrín heleno, garantiza protección a todos aquellos pueblos en quienes es innato el sentimiento de no permitir que entre ellos viva un hombre que no se pertezca a sí mismo. A estos «libres» les ofrece la Liga una patria. He aquí el primer proyecto de una comuni-



La Sagrada Familia



dad espiritual, una unión más sagrada que la de los lazos de sangre, una unión producida por la posesión común de un santo ideal: por vez primera se anuncia algo que es más fuerte que la naturaleza, se anuncia, sobre ella, un mundo nuevo, se anuncia Occidente.

Alejandro se siente espada de Occidente: en la expedición de Alejandro el espíritu combate contra la fuerza. Ya desde su juventud se creyó elegido para rematar las hazañas de Hércules, y, al pisar tierra del Asia, se acuerda primero de Aquiles, su gran ascendiente: el pasado vuelve; bajo su mando los helenos baten otra vez a los bárbaros. Y él no se percata que en su pecho el bárbaro vence al griego. En su mismo pecho Asia se enseñoorea de Occidente, Asia le hechiza. Pues, traicionando a Parmenio y a Philotas, se traiciona a sí mismo, y del discípulo de Aristóteles resulta un persa. Esta maldición se propaga a través de las generaciones: todos los que desde entonces quieren coronar la obra de Occidente, quedan hechizados en el camino por Asia. César desde Farsalia, el emperador Federico II desde su coronación en Jerusalén: y, finalmente, Napoleón. También la dinastía austriaca, centinela de Occidente en defensa contra el Asia, no siempre supo resistir al encanto de Bizancio. Y, se produjo aquella singularidad anfibia que forman los pueblos balcánicos, que, aunque ya no pertenecen al Oriente, todavía vacilan en hacerse de Occidente.

Habiendo fracasado la Antigüedad en su intento de constituir un Occidente, la Cristianidad reanudó esta misma tarea lentamente y de manera distinta. Ante todo empezó por preparar sus fundamentos. Tuvo por lema: ya surgirá el Occidente; la cuestión principal es formar el ser occidental. Los primeros cristianos fueron judíos, griegos y romanos, todos ellos expulsados de sus pueblos respectivos y reunidos entre sí por el bautismo del agua y del Espíritu Santo. El uno no entendía el idioma del otro; pero todos se comprendían en Dios. Aprendieron a conocerse por sus obras, se dieron señales para toda la vida. Secretamente nació de esto en todas las naciones y por encima de todas ellas otra humanidad. Nació el cristiano. Nació, por de pronto, en el desierto, alejado del tiempo como del espacio, ensimismado y consagrado a Dios. Aislándose de su pueblo muere para este para nacer consagrándose a Dios; sin saber nada uno del otro, sin cono-



Nacimiento de la propiedad d

cerse mutuamente, constituyen un pueblo nuevo: el de la neumatiquía.

Para poder negar libremente la historia, el racionalismo del siglo XVIII tuvo, ante todo, que esforzarse en enseñar el olvido de la historia. Todo lo que llamó «educación» no fué desde entonces sino una enseñanza ininterumpida del olvido. Cuando la humanidad recordó sus potencias vitales, haciendo resurgir lentamente lo olvidado, comenzó con el pasado más reciente. Era ya entonces necesario mucho atrevimiento para enseñar el esplendor de la «oscura» Edad Media, y casi tuvo que transcurrir un siglo para que el «intelectual» reconociera, contra su voluntad, a Santo Tomás de Aquino. Pero la actividad espiritual de los siglos anteriores no fué apreciada en todo su mérito y el intelectual tan solo reconoce el valor de San Agustín; aquí el encanto del gran pecador ejerce su efecto. Los músicos supieron algo de San Gregorio y San Ambrosio. La acción espiritual del primer siglo cristiano solo ahora, poco a poco, la sospechamos en toda su inmensa extensión. Excitadas por el nuevo y feliz mensaje en las almas angustiosamente anhelantes de aquella época, que no sabía si se retorcia por dolores de parto o ansias de muerte, se abren otra vez las llagas curadas desde un pasado remoto, se reproduce

el miedo horroroso antiguos, se rompe el herm en la existencia tejid todo lo que en generac ya había admitido créd carse de nuevo; es l tiempos de demolició que cada mortal creía vivir en sí mismo la v nidad. El joven cristian rodeado de los secretos de Atenas y de Roma gieron justificar prime Precisamente es esta de ahora en adelante cerse cada pueblo de sino que todos los p en la misma fe en u De este modo ya no rano contra pueblos e de Dios contra los pu dente fué creado en cos, aunque lo fuera su concepción general de la historia universa ciarla.

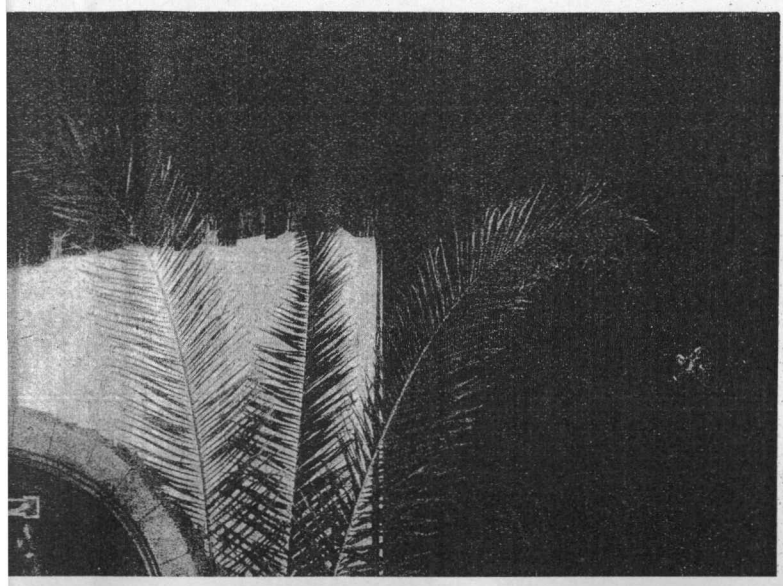
En fuerza educativ tructiva, esta época f el barroco; es únic que aquí se reafirm

923

# H e r m a n n B a h r



...ia en Nazaret



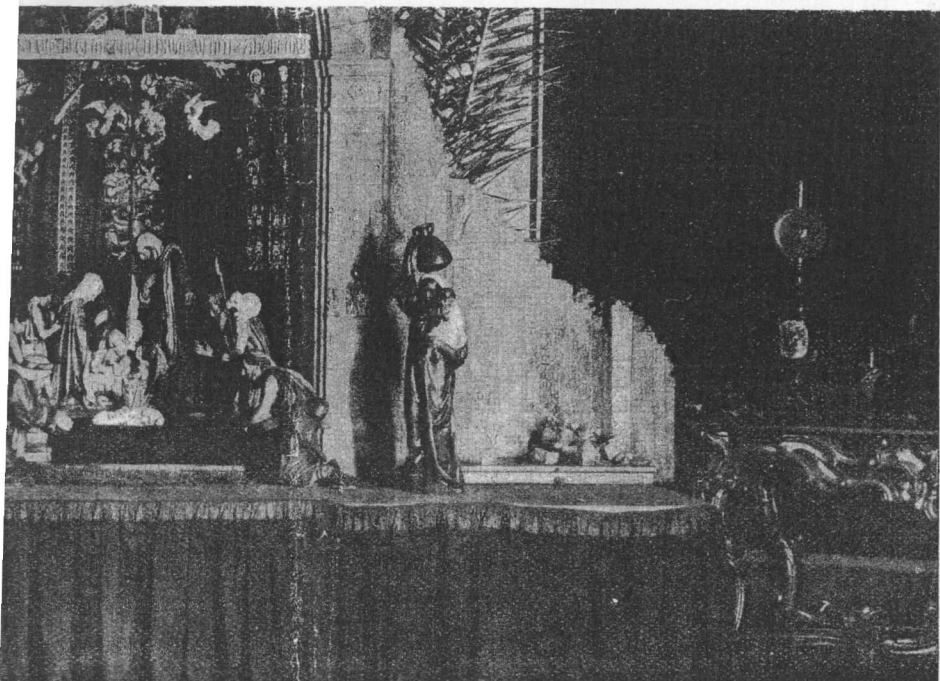
fondo tan misteriosamente emparentados podemos percibir cómo se yergue por primera vez el hombre de Occidente. Una humanidad en tres etapas. Porque desde entonces queda vencida la arbitrariedad asiática que solo conoce masas humanas, pero que no aprecia la dignidad del individuo, sin comprensión para el mérito de cada existencia humana; queda vencido el orgullo de Grecia que ve en todos los pueblos bárbaros; pero sobre estas dos etapas, la del individuo en su intangible autonomía y la del pueblo, cuyo heraldo histórico representa, se alza el arco de una sublime comunidad, el de la fe en un solo Dios, en la misma clasificación de los méritos. Así únicamente se hace posible un Occidente, una Liga que garantiza a los pueblos libres la misma seguridad de su destino que Dios les asignó, y hace que el individuo autónomo se encuentre en su pueblo.

Deploramos el Ocaso del Occidente cuando todavía no ha nacido; ha sido hasta ahora tan solo un hermoso ensueño, a veces también un pretexto maligno.

\*

## Jugadores alemanes de tenis en España

Los jugadores alemanes de tenis señora Neppach, señores Kreuzer, H. Kleinschroth y Hoppe estuvieron hace poco en España como representantes del club de torneos de tenis de Berlín. El recibimiento ofrecido a los jugadores alemanes por la «Real Sociedad deportiva Pompeya», organizadora del torneo, superó toda expectación, de manera que muy pronto los jugadores alemanes se sintieron como en su casa, más aun al encontrar muchos conocidos entre los jugadores de Leipzig y de Checoslovaquia. El señor Hoppe fué el único a quien no probó bien el clima, lo cual influyó también en alto grado en su juego, pues flaqueó notablemente en su encuentro con el buen jugador español Flaquer. Kreuzer, que hasta la ronda final se había podido sostener, jugó esta con el húngaro v. Kehrling, muy inferior a su manera habitual, de modo que solo pudo apuntarse dos juegos. En los partidos anteriores



opiedad de Su Santidad el Papa Pío X.

horroroso ante los tiempos primitivos, ante el hermoso velo de confianza que la existencia tejida por los griegos, y que en generaciones fuertes el nieto admitido crédulamente, debe justificarse de nuevo; es la maldición de esos tiempos de demolición y de revolución en los que el mortal creía tener que comenzar a vivir de nuevo. El mismo la vida de toda la humanidad joven cristiano de entonces se vio desvelar los secretos de Babilonia y Egipto, de Grecia y de Roma, y todos ellos le existieron para justificar primero la nueva doctrina. Ahora es esta la nueva promisión; en adelante ya no puede enorgullecerse el pueblo de sus dioses particulares, todos los pueblos deben reunirse en una fe en un solo Dios verdadero. En adelante ya no existe un pueblo soberano, ni pueblos esclavos, sino el pueblo común a todos los pueblos paganos. El Occidente creado en los concilios ecuménicos que lo fuera por de pronto solo en una fe común; en adelante será obra de la cultura universal a practicarla y eviden-

cia educativa, enlazadora y consuetudinaria. Esta época fué alcanzada quizá por el cristianismo; es única por el frenesí con el que se reafirma la fuerza del pensa-

miento. El espíritu de Atenas conserva siempre algo de social; quiere obrar y quiere también gustar. Unicamente el anacoreta representa al pensador incondicional: quien medita desde lo alto de una columna, no se fija en el público. Comparados con la seriedad con que los santos padres luchaban por la verdad, los esfuerzos científicos de los pensadores modernos resultan un verdadero juego de niños. Hugo Ball, que es un entusiasta del espíritu de Franz von Baader y que ha intentado tender un puente entre la escuela Pascal de Boutroux, y el Cardenal de Mercier hacia Solowjew y Dostojewski, ha sacado de aquella eminente oscuridad «tres vidas santas» (Byzantinisches Christentum-Cristianismo bizantino, editorial Dunker und Humblot, Munich y Leipzig); primero la de Juan Climax, que vivió entre zarzales en el monte Sinaí, aquella obra denominada «Scala Paradisi», que pronto se adaptó a todas las órdenes religiosas; luego el dudoso Dionisio Areopagita que ejerció fuerte influencia hasta sobre Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino y que ahora por vez primera Hugo Ball, nos lo hace aparecer como el vencedor cristiano, no solo de la filosofía sino del neoplatonismo, y finalmente Simeón el estilita. En estos personajes de carácter tan distinto y sin embargo en el

toda tenacidad, como sucedió también en el partido contra Saprissa, el cual tuvo que renunciar en el quinto set a causa de una lesión. Después de esta victoria se midió Kreuzer con Gomar, el más eximio jugador de España. También este tuvo que renunciar a continuar el juego a causa de una lesión producida en el pie, de modo que Kreuzer tuvo el camino libre para la lucha final. El señor v. Kehrling jugaba un juego diestrisimo y con facilidad venció Kleinschroth. También en el doble para caballeros, v. Kehrling—Rohrer contra Kreuzer—Kleinschroth, en el partido penúltimo fueron vencidos estos después de una emocionante lucha de cuatro sets. El primer premio se lo disputaron Rohrer—v. Kehrling y la eximia pareja española Flaquer—Gomar, inclinándose la victoria a favor de los primeros; ha de hacerse constar que Gomar aun se resentía del pie. En el doble mixed el pabellón alemán se llevó la palma. La señora Neppach—señor Kleinschroth vencieron 6:3 y 6:4 en el partido final contra la señorita Torres—señor Flaquer. La señora Neppach con facilidad obtuvo la victoria 6:0 y 8:6 sin perder un set contra la vencedora del campeonato español señorita Marnet.

\*

### Una novela alpinista

La afición al alpinismo que en los dos últimos decenios ha acrecentado tanto en España, empieza a influenciar también la literatura contemporánea española: aparece hoy un nuevo género de novela que puede llamarse «novela alpinista». Teatro de la acción son las montañas accesibles al turismo y sus protagonistas son alpinistas de ambos sexos y más o menos intrépidos. El eterno problema del amor no puede faltar, pues también los alpinistas «tienen su corazoncito». Una novela de esta clase ha aparecido, hace poco, en la casa editorial Rivadeneyra, Madrid. Se titula «Una aventura en la Pedriza» y su autor es J. García Bellido, conocido escritor madrileño. La primera parte, preciosísima por cierto, parece una película o una serie de instantáneas con todos los pormenores de una alegre excursión al Guadarrama. La segunda parte, la dramática, trae el recuerdo de atentados políticos del último tiempo. Total, un ensayo interesante del autor, inspirarse en las corrientes de la vida y de los más nuevos acontecimientos.